



EL ESPIRITU DE PROFECIA Y EL SERVICIO MILITAR

Durante los años 1860 a 1863, mientras se estaban dando los últimos pasos en el desarrollo de la organización de la iglesia, los nuevos dirigentes de la misma debieron confrontar con creciente intensidad, nuevos y grandes motivos de perplejidad. La lucha política en los Estados Unidos, que culminó en una guerra civil, trajo a primer plano problemas cuya solución afectó no solamente su relación a lo que estaba ocurriendo sino que también habría de moderar la posición de la iglesia en tiempos más turbulentos aun de conflictos internacionales. Lógicamente, al irse desarrollando la crisis de la Guerra Civil, los miembros de iglesia esperaron de los dirigentes, especialmente de Jaime y Elena G. de White, algún pronunciamientos acerca de cómo debían ser encaradas estas situaciones nuevas e intrincadas.

Afortunadamente no existían divisiones sectarias entre los Adventistas observadores del sábado. Aunque su obra se había ido expandiendo constantemente de Este a Oeste, no había penetrado, antes de la Guerra Civil, en los estados meridionales que defendían la esclavitud. Los que habían aceptado el mensaje estaban unidos en su oposición a los principios de la esclavitud humana. Simpatizaban patrióticamente con los estados septentrionales, y con el gobierno de la Unión de Washington. Su actitud fue tal que en los últimos años de la guerra pudieron declarar a las autoridades civiles que "los Adventistas del Séptimo Día son estrictamente antiesclavistas, leales al gobierno, y en simpatía con él contra la rebelión" (*The Views of Seventh-Day Adventist Relative to Bearing Arms*, pág. 7, 1864).

A pesar de sus puntos de vista en común, había peligros que confrontaban a la joven y creciente iglesia. Existía el peligro de que las mentes de los creyentes se vieran tan absorbidas por las cuestiones políticas que esto los distrajera de su deber de proclamar el mensaje. Y existía el peligro de que el público perdiera interés en el mensaje, al ser absorbida su atención por los asuntos nacionales.

El manuscrito preparado por W. C. White, D. E. Robinson y A. L. White, proporciona en forma detallada un informe cuidadosamente documentado de cómo afrontaron los Adventistas del Séptimo Día la crisis de la Guerra Civil, particularmente en relación al reclutamiento, el sábado y la aportación de armas, fue ampliado por A. L. White para incluir, todas las declaraciones disponibles de la pluma de Elena G. de White, que tuvieran alguna referencia al tema. Extractos del bosquejo original aparecieron en la *Review and Herald*, noviembre 26, 1936, como parte de la serie de artículos titulado: "Sketches and Memories of James and Ellen White".

UNIVERSIDAD DE MONTEMORELOS
MONTEMORELOS, N.L. MÉXICO

Av. Libertad 1300 Pte. Apdo. 16
Tel. (826) 263 0900 ext. 152, 153
www.centrowhiteum.org.mx

DECLARACIÓN DE MISIÓN

"Cuidar, proteger, traducir y hacer circular los escritos de la Sra. Elena G. de White y otros documentos históricos de la Iglesia Adventista del Séptimo Día en Interamérica. Promover y facilitar la investigación seria, honesta y verdadera de contenidos teológicos e históricos; y así, contribuir a la formación de líderes capaces y calificados para cumplir con la misión de llevar el evangelio a todo el mundo"

Ambos peligros fueron anticipados por Jaime White. Hacia fines del verano de 1860, cuando la excitación por la elección presidencial había alcanzado su punto máximo, hizo oír en un editorial, una nota de advertencia contra el peligro de dejarse absorber por controversias políticas.

Aconsejó a los ministros concentrar sus esfuerzos en lugares pequeños, lejos del fragor de las controversias políticas, o suspenderlos por la temporada.

Sabiamente evitó condenar o defender el ejercicio del voto, declarando: "No estamos preparados para probar por la Biblia que sería incorrecto que un creyente en el mensaje del Tercer Angel acudiera, en una manera apropiada a su profesión, a emitir su voto. No recomendamos esto ni nos oponemos a ello" (Review and Herald, agosto 21, 1860).

Abraham Lincoln, el candidato republicano a la presidencia, aunque no consideraba como lo mejor inmiscuirse con la esclavitud de los estados donde la misma ya existía, se empeñó en oponerse a su expansión a nuevos territorios. Fue natural que los que de nuestro pueblo fueran a las urnas y votaran por él. Su elección en noviembre, fue seguida pocas semanas después por el comienzo de la secesión el 20 de diciembre de 1860. Decisiones similares fueron adoptadas en tres días consecutivos, 9, 10 y 11 de enero por los estados de Mississippi, Florida y Alabama respectivamente, y para el 10 de febrero, Georgia, Louisiana y Texas se habían unido a ellos enarbolando la bandera de la "Confederación de los Estados de América". De este modo, siete estados se separaron antes de que Lincoln asumiera la presidencia el 4 de marzo de 1861.

LA VISION DE PARKVILLE

Se había anunciado reuniones en Parkville, Michigan, para el 11 y 12 de enero de 1861. A ellas asistieron Jaime y Elena G. de White y los pastores J. H. Waggoner, Urías Smith y J. N. Loughborough. El sábado 12 de enero, después que Elena G. de White hubiera hablado, recibió una visión.

En esta visión se le mostró que otros estados se unirían a Carolina del Sur, y que por ello se desencadenaría una guerra terrible. Se le mostraron escenas de ejércitos en conflicto, con terribles matanzas producidas por balas y bayonetas. Vio campos de batalla cubiertos por muertos y moribundos. Observó escenas de sufrimiento en cárceles atestadas y contempló hogares donde la angustia y el dolor reinaban a causa de la pérdida de esposos, hijos y hermanos.

En una reunión de oración de la iglesia de Battle Creek, llevada a cabo en la tarde del domingo 6 de marzo de 1859, con la presencia de Jaime y Elena G. de White, se llegó a la decisión de que sería apropiado que los Adventistas del Séptimo Día votaran el siguiente día en las elecciones de la ciudad, dando apoyo a los candidatos que defendieran los principios de la temperancia. (La Temperancia, pág. 227).

Terminada la visión, miró a su alrededor y dijo tristemente: "En esta casa hay quienes perderán hijos en esta guerra".

Al mismo tiempo de esta visión, ni los del norte ni los del sur esperaban que se desatara una guerra. Los políticos del sur argumentaban que "podían desarrollar mejores relaciones fuera de la unión que dentro de ella." Su plan era "retirarse momentáneamente del gobierno federal hasta que se les diera las garantías necesarias

para el cumplimiento" de lo que ellos consideraban como sus derechos e intereses. No creyeron que las autoridades de los Estados Unidos intentarían realmente una empresa tan tremenda como la invasión de su vasto territorio en un esfuerzo de doblegarlos por la fuerza. (Véase Enciclopedia Británica, art. United States)

En cuanto al gobierno federal, sus expectativas limitadas con relación a una guerra se evidencian en el hecho de que aún después de que el primer disparo se dejara oír en Fort Sumter el 12 de abril, y que la guerra fuera considerada como inevitable, el presidente emitió, el 15 de abril, una convocatoria para solamente 75,000 hombres, y esto únicamente por un período de tres meses.

Convocatoria de voluntarios

Esta convocatoria de 75,000 hombres voluntarios para el ejército federal se completó en forma rápida y entusiasta. Cuando se cubrieron las cuotas asignadas a cada estado, distrito y municipalidad, se rechazaron los ofrecimientos posteriores. En Battle Creek, después de una concentración masiva que se realizó el 20 de abril, a la que concurrieron más de 1,000 ciudadanos, se reclutaron 71 voluntarios. A la mañana siguiente llegaron otros pero fueron rechazados, porque la cuota estaba completa.

Primeros reveses y su significado

El presidente Lincoln convocó al Congreso para una sesión el 4 de julio de 1861. El Congreso se abocó de inmediato al desarrollo de la guerra y su financiamiento, y autorizó la formación de un ejército de 500,000 voluntarios. Antes de que la sesión especial fuera clausurada, las fuerzas del Norte y las del Sur se trabaron en combate, el 21 de julio de 1861, en la batalla de Bull Run en Manassas, Virginia, a unas 30 millas al sur de Washington. La descorazonadora derrota de las fuerzas del Norte puso en evidencia su falta de preparación para la guerra. Pero hubo otras razones para esta derrota y la ausencia de una victoria decisiva para uno de los bandos. A Elena G. de White, en una visión que se le dio en Roosevelt, Nueva York, el 3 de agosto, justamente dos semanas después del encuentro bélico de Manassas, se le descorrió el velo, y se le permitió ver exactamente lo que sucedió. Acerca de esto ella escribió en el artículo publicado en la Review del 27 de agosto de 1861, con el título de "La Esclavitud y la Guerra", y fue reimpresso en *Testimonies*, vol. 1, págs. 226, 227.

Para mayores detalles sobre esta visión y sobre la exactitud de su cumplimiento véase *El Gran Movimiento Adventista*, pág. 151.

Tuve una visión de la desastrosa batalla de Manassas, Virginia. Fue una escena sumamente excitante y conmovedora. El ejército del Sur tenía todo a su favor y estaba preparado para un encuentro terrible. El ejército del Norte avanzaba triunfante, no dudando que saldría victorioso. Muchos eran temerarios y marchaban hacia adelante jactanciosamente, como si la victoria fuera de ellos ya.

A medida que se aproximaban al campo de batalla, muchos estaban casi desmayándose de debilidad y por la falta de líquidos. No esperaban un encuentro tan feroz. Corrieron a la batalla y pelearon valiente y desesperadamente. Los hombres del Sur perdían la batalla y en poco tiempo más se habrían visto obligados a retroceder un poco más. Los hombres del Norte corrían hacia adelante aunque a costa de grandes pérdidas.

Justamente entonces, descendió un ángel y movió su mano hacia atrás. Instantáneamente se produjo una confusión en las filas. A los del Norte les pareció como que sus tropas estaban retrocediendo, cuando no era así en realidad, y comenzaron una precipitada retirada. Esto me pareció asombroso.

Entonces se me explicó que Dios tenía a esta nación en su propia mano, y no permitiría que se ganaran victorias más rápidamente de lo que él le ordenara, ni que se produjeran más pérdidas en los hombres del Norte de lo que en su gran sabiduría veía apropiado para castigarlos por sus pecados...El repentino retroceso de las tropas del Norte es un misterio para todos. No saben que la mano de Dios estuvo en este asunto" (Testimonies, vol. 1, págs. 266. 267).

Los pecados del Norte a los que le hizo referencia, según los explicara ella en detalle, se referían a su tolerancia de la esclavitud, y a sus esfuerzos de confinarla solamente a los estados donde ya existía, en vez de libertar a todos los esclavos.

Subvenciones para estimular el enrolamiento

Al progresar la guerra, el presidente proclamó nuevos llamados a las armas. A cada estado se le requirió proveer una cierta cuota de hombres para cada llamado y la misma se dividió en forma proporcional entre cada distrito, ciudad y barrio. Si el número de aquellos que voluntariamente se ofrecían no alcanzaba a cubrir la cuota, se haría necesario instruir un reclutamiento. A fin de evitarlo, debía encontrarse alguna forma de estimular el enrolamiento para alcanzar el número requerido. Como un recurso para promover el enrolamiento se formaron en muchas municipalidades comisiones de ciudadanos, que decidieron ofrecer una subvención a los reclutas. Comenzando con 25 dólares, la cifra se elevó rápidamente a 100 dólares a medida que más y más hombre eran llamados al frente.

Como los adventistas del Séptimo Día estaba particularmente deseosos de evitar el temido reclutamiento que podía comprometer a los observadores del sábado, Jaime White participó de todo corazón en el plan de recolectar fondos necesarios para que pudieran pagarse bonos generosos a los voluntarios.

Aunque como regla nuestros hermanos eran concienzudamente no combatientes, sentían sin embargo que era su deber apoyar de corazón la recolección de dinero para pagar los bonos ofrecidos a los voluntarios que no tenían escrúpulos religiosos en contra del servicio militar.

Jaime White y otros adventistas dirigentes concurren y tomaron parte en numerosas concentraciones populares de los ciudadanos de Battle Creek, en las que se discutieron las diversas actividades en favor de la guerra, pero especialmente el problema de conseguir cuota de hombres sin necesidad de recurrir al reclutamiento. White hizo claro que sus hermanos observadores del sábado no se resistían a ser voluntarios porque fueran cobardes o negligentes. Aunque en general eran pobres, estaban dispuestos a contribuir tan generosamente como les resultara posible.

Jaime White compartió con su esposa algunas de sus experiencias en estas reuniones populares. Por ella sabemos que varios de sus compañeros lo eligieron como su representante para ofrecer sus promesas de fondos en el momento más oportuno. En esas reuniones se le escuchó decir: "En nombre de mi amigo A. B., que está sujeto a reclutamiento, estoy autorizado a abonar_____ dólares. También en nombre de mi amigo C. D., que no está en situación de ser reclutado, pero que está deseoso de contribuir a este fondo, estoy autorizado a abonar_____ dólares".

El 20 de octubre de 1862, una gran reunión de guerra se llevó a cabo en Battle Creek para tomar los pasos preliminares necesarios para cubrir la cuota de hombres, asignada en esta ciudad, bajo la requisición del gobierno de 600,000 hombres. Los presentes rechazaron la propuesta de la comisión que recomendaba una subvención de 100 dólares para cada voluntario, y la sustituyeron por una de 200 dólares. Se designó una comisión de nueve para recolectar fondos, entre los cuales hubo por lo menos dos observadores del sábado, J. P. Kellog y el pastor Jaime White, como representantes del segundo y tercer distritos de Battle Creek. (Battle Creek Journal, 24 de octubre de 1862).

A pesar de la guerra, este procedimiento fue cuestionado por algunos. La actitud del pastor White y la de otros hermanos dirigentes fue claramente expresada en la respuesta a numerosas consultas acerca de si era correcto contribuir en la recolección de fondos locales con el propósito de estimular el enrolamiento. La respuesta a las mismas fue la siguiente:

"Nosotros diríamos que pensamos que sí, y así lo hemos hecho en Battle Creek" (Review and Herald, 30 de agosto de 1964).

Dificultades en el campo

De esta manera las perplejidades relacionadas con la guerra fueron aumentando, al incrementarse el precio de las subvenciones; esto exigió mayores sumas de dinero de nuestro pueblo. Los informes que llegaban de los obreros indicaban dificultades en relación con la proclamación del mensaje. El pastor Ingraham informó que la carpa en Illinois había sido guardada porque "era inútil levantarla en nuevos campos mientras existieron las excitaciones propias de la guerra". En Iowa, el pastor J. H. Waggoner y B. F. Snook fueron arrestados bajo la ley marcial, y detenidos hasta que obtuvieran un certificado de juez del distrito "estableciendo su domicilio, ocupación y profesión.

El juez les advirtió que volvieran inmediatamente a sus hogares, porque cada día estarían más expuestos a problemas y dificultades". Desde Rochester, New York, el pastor Cornell informó:

"La excitación de la guerra era tan grande que tuvimos que suspender las reuniones por la noche. Nuestra carpa fue usada para reuniones de guerra.

Nunca vi semejante excitación como aquí en Rochester. Las calles están bloqueadas por los puestos de los oficiales reclutadores. Los negocios están cerrados desde las 15:00 horas a las 18:00 horas, y todos están tratando de convencer a los hombres a que se enrolen.

Hay reuniones de guerra cada noche" (Review and Herald, 26 de agosto de 1862).

Sin embargo, en contraposición a las dificultades que había que enfrentar para realizar esfuerzos públicos, se produjeron situaciones compensatorias. Los problemas y las dificultades templaron los corazones de los hermanos. Buscaban al Señor más fervorosamente, eran más celosos en la actividad misionera en las localidades donde vivían y el Señor les bendijo con muchas almas.

Haciendo frente al reclutamiento

El año de 1862 continuó con inexplicables reveses para las fuerzas del norte y se necesitaron más y más hombres. Hasta ese momento el ejército de la unión estaba formando enteramente con hombres reclutados sobre la base de un enrolamiento voluntario. Los Adventistas del Séptimo Día, con su observancia del sábado y su posición de no combatientes, no se habían enrolado y esto hizo que algunos observadores cuestionaran su lealtad al gobierno. Elena G. de White escribió acerca de esta situación en enero de 1863:

"La atención de muchos se volvió a los observadores del sábado, porque no manifestaban mayor interés en la guerra y no se ofrecían como voluntarios" (Testimonies, vol. 1, pág. 356).

"Había necesidad de moverse con sabiduría para disipar las sospechas suscitadas contra los observadores del sábado. Debiéramos actuar con mucha cautela. 'Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres'. Podemos obedecer este consejo sin sacrificar un solo principio de nuestra fe. Satanás y sus huestes están en guerra contra los que guardan los mandamientos, y obrarán para colocarlos en situaciones angustiosas. No deben ellos, por falta de prudencia, colocarlos en situaciones tales" (Loc. cit).

Todos podrían ver que un reclutamiento era inevitable y no muy lejano. Cómo debían ver que un reclutamiento era inevitable y no muy lejano. ¿Cómo debían actuar los adventistas del Séptimo Día en relación al mismo cuando éste se produjera? ¿Esta era la pregunta que estaba en la mente de casi todos.

En esta circunstancia y para orientar a quienes encontraban difícil llegar a una conclusión, el pastor White publicó, en la Review del 12 de agosto de 1862, un editorial titulado "La Nación". En él, después de establecer las razones por las cuales los Adventistas del Séptimo Día simpatizaban con la causa del gobierno en la guerra que se estaba librando, y porqué ellos no podían a conciencia ofrecer servicio voluntario, hablando de un posible reclutamiento por parte del gobierno, se expresó así:

"Sería una locura resistir. El que se resista, en la administración de la ley militar, será fusilado, va demasiado lejos, creemos, al punto de tomar sobre sí la responsabilidad del suicidio. En el presente estamos gozando de la protección de nuestros derechos civiles y

religiosos de parte del mejor gobierno que existe debajo del sol... Es de cristianos honrar toda buena ley de nuestra patria. Jesús dijo, 'Dad a Cesar lo que es de Cesar, y a Dios lo que es de Dios', Mat. 22:21. Los que menosprecian la ley civil debieran marcharse de inmediato a algún lugar del estrado de Dios donde no haya ley civil.

Cuando se llegue a esto, esos decretos civiles se pondrán en vigencia y tratarán de desviarnos de la obediencia a la ley de Dios, para hacernos unir con los que viven en rebelión contra el gobierno del cielo, (Véase Apoc. 13:15, 17) y entonces habrá llegado el tiempo de estar dispuestos al martirio.

Pero para nosotros tratar de resistir las leyes del mejor gobierno existente bajo el cielo, que está tratando ahora de dominar la rebelión lo repetimos, sería una locura.

Los que son leales al gobierno del cielo, fieles a la constitución y las leyes del Gobernante del Universo, son los últimos hombres en deslizarse hacia Canadá o a Europa, o de estar temblando en sus zapatos por miedo al reclutamiento militar".

Este artículo causó en algunos medios una tormenta de críticas. La naturaleza de las mismas puede ser inferida de lo siguiente, publicado en la Review dos semanas más tarde:

"Muchos hermanos se refieren a las declaraciones que hicimos hace dos semanas atrás bajo el título "La Nación". Les invitamos a leer el artículo otra vez para estar seguros de que entienden nuestra posición antes de oponerse a ella. ¡Cuidado hermanos! Este no es el momento para que caballeros cristianos den cabida a sentimientos de prejuicio y virtualmente nos acusan de enseñar la transgresión del sábado y el asesinato. Mejor sería que todos ustedes fueran a Dios con este asunto, y se asegurasen de tener un espíritu humilde y dócil. Entonces si alguno de ustedes es reclutado, y elige luchar contra el tío Sam antes que obedecer, aténgase a las consecuencias. No discutiremos con ustedes, no sea que alguno de ustedes, los no resistentes, encienda una pequeña guerra antes de ser llamados a pelear por su país. Cualquier artículo bien escrito, que tenga el propósito de aclarar nuestro deber como pueblo en relación a la presente guerra, recibirá pronta atención" (*Review and Herald*, 26 de agosto de 1862).

En las columnas de la Review se desarrolló una animada discusión acerca de preguntas suscitadas en relación al deber de los observadores del sábado frente al reclutamiento, con el resultado de que cuando éste finalmente llegó, se había logrado unanimidad de acción. La divergencia de opiniones que perduró por un tiempo, se inclinó en una nota de la última página de la Review del 9 de septiembre de 1862, explicando que Jaime White no podría cumplir ciertos compromisos "a causa de: la estación poco propicia, la excitación de la guerra, el temor a los indios, (indudablemente

sin fundamento), la excitación de sentimientos acerca de nuestro artículo titulado "La Nación" y la proximidad del Congreso de la Asociación General".

La actitud general de los hermanos hacia los requerimientos del gobierno y la guerra se reflejaron en la respuesta de H. E. Carver a la posición de Jaime White expresa:

"Debemos ser leales al gobierno bajo el cual vivimos. Estamos legalmente obligados a sostener al gobierno hasta que éste nos requiera desobedecer a Dios, entonces no debemos dudar a quien servir... Confío que el Señor nos guardará de esta gran prueba. Pero si la prueba debe venir, oro al Señor por sabiduría y fortaleza para glorificarle guardando sus mandamientos" (Review and Herald, 21 de octubre de 1862).

Consejos concernientes al enrolamiento

Elena G. de White pasó entonces a enfocar ciertas fases muy prácticas de la crisis de los tiempos...Concernientes a nuestra lealtad al gobierno ella escribió:

"Se me mostró que es nuestro deber, en todos los casos obedecer las leyes de nuestra patria, a menos que estén en conflicto con la ley superior que Dios pronunció con voz audible desde el Sinaí, y que grabó luego con su propio dedo en las tablas de piedra. 'Daré mi ley en sus mentes, y las escribiré en sus corazones y yo seré a ellos por Dios y ellos me serán por pueblo'. El que tiene la ley de Dios escrita en el corazón, obedecerá a Dios antes que a los hombres, y estará dispuesto a desobedecer a todos los hombres antes que desviarse en lo más mínimo los mandamientos de Dios. El pueblo de Dios, enseñado por la inspiración de la verdad y guiado por una buena conciencia a vivir de cada palabra de Dios, tomará su ley, escrita en sus corazones, como la única autoridad que pueda reconocer o consentir en obedecer. La sabiduría y autoridad de la ley divina supremas" (Testimonies, vol. 1, pág. 361).

Unas pocas semanas después de la publicación de este Testimonio, apareció en la Review una larga carta del hermano Otis Nichols, acompañada con recortes de diario que confirmaban las declaraciones concernientes a la conducción de la guerra, y con relación a los del ejército del Norte que eran traidores de corazón a la causa por la cual debían estar luchando. Hizo referencia también a la declaración definida de E. G. de White de que "ellos (los del sur) no triunfarán totalmente sobre los ejércitos del norte".

Con el principio asentado de que el cristiano está obligado a obedecer las leyes del país a menos que estén en conflicto con la ley superior de Dios, Elena G. de White se refirió al enrolamiento en un ejército que no hace provisión para respetar la conciencia individual. Citamos el siguiente párrafo de ese testimonio:

"Se me mostró que el pueblo de Dios, que es su especial tesoro, no puede participar de esta intrincada guerra, porque la misma se opone a cada principio de su fe. En el ejército ellos no pueden obedecer la verdad y al mismo tiempo obedecer los requerimientos

de sus oficiales. Habría una constante violación de la conciencia. Los hombres mundanos se gobiernan por principios mundanos... Pero el pueblo de Dios no puede gobernarse por estos motivos... Los que aman los mandamientos de Dios se conformarán a toda buena ley del país. Pero si las exigencias de los gobernantes son tales que están en conflicto con las leyes de Dios. La única pregunta que cabe es ¿debemos obedecer a Dios o al hombre?" (Testimonies, vol. 1, págs. 361, 362). (Lo subrayado es nuestro).

El lector debe mantener en mente el hecho de que cuando esta declaración fue publicada en enero de 1863, todavía no había comenzado el reclutamiento. Todo el servicio militar en las fuerzas de la Unión estaba basada puramente en el enrolamiento voluntario. Un hombre entraba en el ejército ofreciendo un servicio voluntario y al mismo tiempo se sometía sin reserva a las órdenes de sus oficiales. Había un serio conflicto con el cuarto y el sexto mandamientos de la ley de Dios. No había alguna en favor de la observancia del sábado o la posición de no combatientes. En el ejército no podían obedecer al mismo tiempo la verdad y los requerimientos de sus oficiales.

Deberíamos detenernos aquí para hacer notar, que hay algunos que han tomado esta declaración de E. G. de White de enero de 1863: 'En el ejército ellos (los Adv. del Séptimo Día) no pueden obtener al mismo tiempo la verdad y los requerimientos de sus oficiales' (Testimonies, vol. 1, pág. 361), como queriendo significar que en ningún momento y bajo ninguna circunstancia pueden los Adventistas del Séptimo Día ser leales a Dios y participar del servicio militar. Debe reconocerse que Elena G. de White estaba hablando de las circunstancias en relación con "esta intrincada guerra"--la Guerra Civil--en un período cuando el servicio militar se basaba sobre el enrolamiento voluntario solamente, y no había provisión alguna para las convicciones de conciencia.

Primera ley de enrolamiento y el reclutamiento

En marzo de 1863, a poco menos de tres meses de la publicación del artículo con consejos orientadores ya mencionado, el Congreso de los Estados Unidos aprobó una ley para "el enrolamiento de todos los ciudadanos masculinos hábiles de 18-45 años de edad" y se autorizó al presidente ordenar reclutamientos para el servicio militar.

Concerniente a algunos de los consejos que deben ser estudiados en relación a las circunstancias en que se escribieron, E. G. de White declaró en años posteriores: "Con relación a los Testimonios, nada debe ser ignorado; nada debe ser dejado de lado; pero deben considerarse el tiempo y el lugar de su redacción. (Writing and Sending Out of the Testimonies, pág. 25).

Aunque esta acta de Conscripción de marzo de 1863, no hacía provisiones para el servicio de los no combatientes, permitía liberar al recluta mediante su reemplazo por un sustituto, o por el pago de 300 dólares. Esta provisión fue bienvenida por los creyentes adventistas como un medio provisional de evitar el servicio del combatiente y los conflictos en relación a la observancia del sábado, pero incluía también la amenaza de un nuevo peligro creciente. Con semejante demanda de medios sobre nuestros hermanos, para obtener sustitutos, corría peligro el sostén financiero de la Causa. Reconociendo este peligro, Jaime White Escribió:

"El avance del mensaje del tercer ángel es el objetivo más alto por el cual podemos trabajar, sea cual fuere el sufrimiento que pueda existir en otro lugar, esta causa debiera ser la última en sufrir por falta de medios. Si nuestros hermanos son reclutados, debieran hipotecar sus propiedades, si ello fuere necesario, para juntar los 300 dólares, antes que usar medios que debieran ir a la tesorería del Señor. Diríamos esto aún de nuestros ministros" (Review and Herald, 24 de noviembre de 1863).

"Al urgir que el dinero recolectado mediante la Benevolencia Sistemática no fuera disminuido ni desviado del sostén del ministerio, citó su propio proceder. Sin disminuir su pago anual acostumbrado a este fondo, había apartado la misma cantidad para ayudar a ministros reclutados, por si eso llegaba a resultar necesario. Un año más tarde, sostuvo como "un privilegio", el pago de "diez dólares" a cada ministro eficiente que fuera reclutado de entre nosotros para ayudarlo a pagar sus 300 dólares" (Review and Herald, 27 de septiembre de 1864).

Así dejó asentado un ejemplo de fidelidad en el sostén de la causa, y en ayudar a aquellos que podían verse involucrados en el reclutamiento. Un espíritu similar se manifestó en todo el campo. Uno de nuestros ministros, el pastor Isaac Sanborn, haciendo frente al vencimiento de una deuda, incluyó una noticia en la Review, que informaba que había pedido prestados 150 dólares para liberar a otro hermano del reclutamiento, e invitando a todo aquel que estuviera dispuesto a ayudar "en esa empresa" que lo hiciera. Este espíritu de ayuda mutua en la provisión de fondos para el pago de las bonificaciones o excepciones lo que hizo posible, en la mayoría de los casos, que nuestros hermanos pudieran evitar conflictos acerca del problema de portar armas.

PREVISIONES BASICAS PARA NO COMBATIENTES

El Acta de Conscripción de 1863 fue enmendada en febrero de 1864. En las reformas el gobierno Federal hizo provisión para que "los miembros de denominaciones religiosas, que bajo juramento o declaración jurada indiquen que por razones de conciencia se oponen a la aportación de armas se los considera no combatientes cuando fueron reclutados". Podrían entonces ser asignados a tareas en hospitales, o al cuidado de los libretos; o podrían hacerse acreedores al privilegio de exención otorgado a aquellos que pagaban 300 dólares.

Mientras se mantuvo en vigencia la previsión general para la liberación de cualquier recluta para el servicio militar que pagara 300 dólares, los Adventistas del Séptimo Día no tomaron ninguna medida para ser reconocidos como no combatientes.

Nuestra denominación era joven y su feligresía relativamente pequeña y desconocida, así que, por más de un año, la mayoría de nuestros hombres al ser reclutados se aseguraron la exención mediante el pago de los 300 dólares.

Pero una ley firmada el 4 de julio de 1864, revocó "la cláusula comúnmente conocida como la cláusula de exención de los 300 dólares, excepto para aquellos que a conciencia

se opusieran a la aportación de armas". Esta decisión precipitó una crisis, porque si los Adventistas del Séptimo Día deseaban asegurarse los beneficios continuados de esta exención o si querían asegurarse el status de no combatientes al responder al reclutamiento, debían ahora declarar públicamente su posición y actitud.

Rápidamente se dieron los pasos necesarios para hacer frente a la situación. El 3 de agosto, se presentó a Austin Blair, gobernador de Michigan, una declaración de principios firmada por la Junta de la Asociación General, en la que se especificaban las razones por las cuales los Adventistas del Séptimo Día no se habían sentido libres de enrolarse en el servicio, y solicitando la aprobación del gobernador a la posición de que "nos alcanza como pueblo la intención del último acuerdo del Congreso relativo a aquellos que a conciencia se oponen a la aportación de armas, y reúnen las condiciones para obtener los beneficios de las leyes mencionadas..." (Lo subrayado es nuestro).

El gobernador de Michigan accedió prontamente a este pedido. Se dieron pasos similares en otros estados, tales como Wisconsin, Illinois, y Pensilvania, lográndose respuestas igualmente favorables de parte de los gobernadores. Estas autorizaciones, juntamente con cartas de recomendación de algunos oficiales militares, fueron llevados a Washington, D. C., por el pastor J. N. Andrews, quien las presentó al Mariscal Jaime B. Fry.

Se reconoce a los Adventistas del Séptimo Día como no combatientes

El Mariscal Fry declaró al pastor Andrews que él había incluido la cláusula de exención de la ley de enrolamiento a fin de que se aplicara a toda denominación que sostuviese la posición de no combatiente y que había dado órdenes a todos sus subalternos para que actuaran en armonía con esta cláusula de exención. Le proporcionó instrucciones detalladas acerca de cómo debían proceder nuestros hermanos si eran reclutados a fin de obtener el privilegio de la exención mediante el pago de los 300 dólares, o mediante su asignación a algún servicio de no combatiente. Muchos de los reclutados aprovecharon la cláusula de los 300 dólares de exención provista para los no combatientes. Sin embargo algunos de los reclutas solicitaron ser asignados a servicios de no combatientes.

Corresponde dejar constancia que un cierto número de hermanos, que fueron reclutados e ingresaron en el ejército a fines de 1864, fueron tratados injustamente por oficiales locales que se negaron a reconocer lo estipulado por la ley. Bajo circunstancias de las más adversas, nuestros jóvenes se mantuvieron fieles al Dios del cielo, mientras cumplían sus tareas para con sus compañeros. Se esforzaron por hacer brillar su luz en el ejército. Respondiendo a sus pedidos de literatura se formó un fondo para proporcionarles material de lectura que ellos pudieran distribuir entre sus compañeros. Se recibieron muchas cartas de reclutas cuyos pedidos de exención a la aportación de armas, habían sido denegados airadamente. Dos de esas cartas fueron publicadas en un número de la Review, juntamente con una nota de Jaime White que decía:

"La experiencia que ellos nos presentan no parece ser la excepción sino más bien la regla. No hemos oído de ninguno que, aunque su derecho de no combatiente fue aprobado por los oficiales de su distrito y se le entregaron los certificados correspondientes, haya tenido éxito en obtener un puesto en algún hospital o en el cuidado

de los libretos. Y aún los suboficiales distritales se rehusan a veces a reconocer los derechos de nuestros hermanos, rechazando todas las evidencias de su carácter de no combatientes" (Review and Herald, 4 de enero de 1865).

Luz especial concerniente al reclutamiento

En este punto, la pregunta lógica es, ¿dio el Señor alguna luz a E. G. de White, ya fuera para guiar a los dirigentes de la iglesia en los pasos que tomaron en 1863 y 1864, con relación al servicio militar?

Esta cuestión es de vital importancia hoy, porque nuestra posición denominacional hacia el servicio militar está basada sobre la "posición histórica" que adaptamos en los días de la Guerra Civil.

En los consejos contenidos en Testimonies for the Church, vol 1, que preceden a este período de nuestra historia, no hay declaraciones relacionadas con la Guerra Civil o el reclutamiento. Si la guerra no hubiera terminado en tan corto tiempo después de que entrara en vigencia el reclutamiento con todos sus problemas concomitantes, indudablemente se habría publicado algún consejo. Resulta lógico concluir que, mientras los dirigentes se movían con suma prudencia en esta cuestión crucial, se mantuvieron muy cerca de E. G. de White, y que fueron guiados por la luz que ella recibía del Señor. Y es también lógico concluir que, si en el caso de no haber tenido luz al respecto, hubieran tomado una posición con relación al servicio militar que no hubiera estado en armonía con la voluntad de Dios, el Señor les habría enviado algún mensaje al respecto, y el curso de acción se habría modificado debido a estos consejos correctivos. Todo esto parece razonable y lógico.

Pero no se deja a solas, librados a inferencias o conclusiones lógicas en este asunto de tanto interés e importancia vital para nuestros jóvenes alrededor del mundo. Es realmente alentador observar que a medida que los dirigentes de la iglesia avanzaron cuidadosamente y con oración al encarar las crisis a medida que éstas surgían y al tratar de encontrar las posiciones históricas que como denominación tomamos con relación al reclutamiento, lo hicieron en armonía con la luz dada por Dios a través del Espíritu de Profecía. Elena G. de White se refirió específicamente a esto unas dos décadas después de la conclusión de la Guerra Civil, y lo hizo en una carta escrita a los dirigentes de la iglesia, los pastores G. I. Butler, presidente de la Asociación General y S. H. Haskell, pionero ejecutivo y evangelista. Elena G. de White que se encontraba por ese entonces en Europa, tenía delante de sí algunas preguntas que le habían planteado estos hermanos, y al contestarlas, echa una mirada hacia el pasado y comenta sobre lo acertado que estuvieron nuestros dirigentes de la iglesia al buscar alivio de medidas opresivas:

"Usted pregunta acerca de la conducta que debería seguirse para asegurar el derecho que tiene nuestro pueblo de adorar de acuerdo con los dictados de su propia conciencia. Durante un tiempo he estado muy preocupada por saber si esto constituiría una negación de nuestra fe y una evidencia de si nuestra confianza no estaba plenamente asentada en Dios. Pero he recordado muchas cosas que el Señor me ha mostrado en el pasado concernientes a asuntos de un

carácter similar, tales como el reclutamiento y otras cosas. Puedo hablar en el temor de Dios y decir que es correcto que utilicemos todos los recursos que podamos para apartar la presión que se está ejerciendo sobre nuestro pueblo" (Elena G. de White, Carta 55 , 1886. Mensajes Selectos T2, pág. 386).

Así es que disponemos de alguna respuesta. El Señor dio a Elena G. de White una luz directa y definida que ayudó a los dirigentes de la iglesia a llegar a la posición que adoptaron en aquel tiempo y que hemos sostenido desde entonces concerniente a la relación de las Adventistas del Séptimo Día con el servicio militar.

Un llamado a la oración

Mientras el conflicto entre las fuerzas del norte y del sur se extendían hasta el año 1865, el presidente Lincoln hizo otro llamado por hombres esta vez, 300,000. Los dirigentes adventistas quedaron consternados sobre lo que esto podría significar para la iglesia, el pastor White expresó:

"Se dice que el próximo reclutamiento alcanzará a uno de cada tres hombres en condiciones de ser reclutados. Y esto presupone que los Adventistas del Séptimo Día serán movilizados. En este caso, si cada uno pagara 100 dólares a tesorería, esto sería suficiente para pagar los 300 dólares de todos los que serán próximamente reclutados" (Review and Herald, 24 de enero de 1865).

Después de encabezar la lista con su promesa de 100 dólares para la formación de un fondo, en beneficio especialmente de sus compañeros de trabajo, Jaime White urgió a otros a que se unieran y concluyó con las palabras, "Si esta guerra continúa, solamente Dios sabe lo que pasará aun con los no combatientes".

A la semana siguiente en un enérgico editorial, el pastor White expresó su convicción personal de que el impresionante pedido del ángel de Apoc. 7:3: "No hagáis daño a la tierra, ni el mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios, se aplica en el presente período de esta espantosa guerra americana. Recomendó a los miembros de iglesia:

"Que la oración y las súplicas por las autoridades se constituya en una porción apropiada del culto sabático y de los otros cultos públicos, y también del culto familiar y personal, y también que: El segundo sábado de cada mes sea dedicado especialmente para ayuno y oración en vista de la terrible guerra presente, y la situación particular de los no combatientes frente al gobierno, a fin de que puedan seguir gozando de libertad de conciencia, y conducirse tranquila y pacíficamente en toda piedad y honestidad" (Review and Herald, 31 de enero de 1865).

Esta recomendación personal fue adoptada formalmente por la Junta de la Asociación General que hizo un llamado especial a dedicar el segundo sábado de febrero como día de ayuno y oración por los motivos especificados en el artículo del pastor White. Algunas semanas más tarde, la junta dirigió un llamado a la humillación

y la oración, en un artículo de dos columnas titulado "El Tiempo ha Llegado" para el cumplimiento de Apoc. 7:3. Se les rogó a los hermanos que dedicaran cuatro días, desde el miércoles 1 al sábado 4 de marzo, como días de oración fervorosa e insistente. Debían suspenderse los negocios, realizarse servicios religiosos diariamente a las 13:00 horas, y dos reuniones el sábado. El fervor y la confianza de los hermanos que firmaron este llamado se evidencia en el siguiente párrafo:

"El número de los siervos de Dios aumentaría porque el profeta así lo declara. Pero no ocurrirá esto hasta que la iglesia haya realizado un trabajo fervoroso. Creemos firmemente que ha llegado el tiempo para que actuemos (a ellos seguirá el sellamiento, o el fuerte pregón del tercer ángel el triunfo y la traslación) y entonces la vida eterna, Amén" (Review and Herald, 21 de febrero de 1865).

Entre las condiciones que afectaban seriamente la causa, estaba la grande y creciente carga financiera de juntar fondos para la exención de los no combatientes del reclutamiento. Se calculó que asegurar la exención de los que serían reclutados de la iglesia de Battle Creek, costaría más que la suma que había entrado como resultado de la benevolencia sistemática en los cuatro años previos: un total de entre 25 a 40,000 dólares. Miles de personas que deberían estar escuchando y aceptando el mensaje, estaban siendo arrastrados a los campos de matanza. Y mientras las mentes de la nación estaban absorbidas por la terrible lucha, resultaba casi imposible atraerla a los temas religiosos.

Con estos efectos que retrasaban la diseminación del mensaje, producidos por la guerra, la Junta de la Asociación General declaró en su apelación que la denominación había llegado al punto de que "si esa guerra continúa, tendremos que parar". A continuación expresaron con fiadamente su fe y esperanza:

"Confiando en Dios, y confiando en la eficacia de la oración y en las indicaciones de su Palabra Profética, creemos que la obra de Dios no debe ser obstaculizada... La obra de Dios en estos últimos días no debe detenerse y no lo será" (Review and Herald, 21 de febrero de 1865).

Y sucedió que el sábado 4 de marzo cuando Abraham Lincoln iniciaba su segundo período como presidente de los Estados Unidos al mismo tiempo diez mil Adventistas del Séptimo Día estaban suplicando al cielo que por el bien de la causa de la verdad que se estaba viendo estorbada, la guerra llegó a una rápida conclusión. El 9 de abril de 1865, el general Lee se rindió y la larga y desastrosa guerra prácticamente terminó. Jaime White escribió así:

"El aire se llenó de salvas que proclamaban: ¡Richmond cayó y Lee se rindió! Se iluminaron las ciudades y las villas. Fogatas y cohetes se elevaron al cielo, mientras que vivas a Lincoln, Grant, Sherman y Sheridan volvieron a escucharse. Pero el fiel pueblo de Dios estaba sobre sus rodillas, bendiciendo al cielo por las respuestas a sus oraciones, y derramando lágrimas de alegría por la

fidelidad del Señor en cumplimiento de su palabra" (Review and Herald, 25 de abril de 1865).

Poco nos damos cuenta de nuestra deuda hacia nuestros pioneros, quienes en esos días de perplejidad fueron guiados a adoptar una actitud hacia la guerra que los capacitó para mantener el respeto de los oficiales gubernamentales por su lealtad a los poderes establecidos y sin comprometer por ello su lealtad a Dios en la obediencia de sus mandamientos. La historia que registraron en aquella época, ha hecho posible que nuestros jóvenes sean conocidos, no como pacifistas, sino como no combatientes, listos a dar un total de apoyo a sus gobernantes terrenales en todo aquello en que no necesitan violar su conciencia al hacerlo.

Reconocimiento a las leyes europeas del servicio militar

Cuando Elena G. de White, en respuesta a la invitación de la Asociación General, pasó dos años trabajando en Europa (1885-1887) se encontró cara a cara con los problemas que nuestros jóvenes deben afrontar allí con relación al servicio militar. Mientras vivía en el edificio de la nueva sede en Basilea, Suiza, edificado para servir como centro para la dirección de nuestra obra en Europa, tres de los jóvenes empleados en las oficinas de la imprenta, ubicadas en planta baja, fueron llamados para cumplir sus tres semanas obligatorias de maniobras militares, que se requieren anualmente de todo joven en Suiza. No hubo ningún consejo dado a nuestros jóvenes en el sentido de que debían resistir o desobedecer esta orden, ni que debían negarse a usar el uniforme de su patria requerido en tal servicio. El comentario que Elena G. de White hizo en esas circunstancias es revelador:

"Acabamos de despedir a tres hombres responsables que trabajan en la oficina, quienes recibieron orden del gobierno de ingresar durante tres semanas en el servicio militar. En la casa editora pasábamos por una importantísima etapa de nuestro trabajo, pero los requerimientos del gobierno no se acomodan a nuestras conveniencias. Exigen que los jóvenes a quienes han aceptado como soldados no descuiden los ejercicios ni la preparación esencial para los soldados. Nos alegró ver que esos hombres con sus uniformes militares habían recibido condecoraciones por su fidelidad en su trabajo. Eran jóvenes dignos de confianza" (MS 33, 1886)